

critores que la alteran. ¡Qué trastorno del sentido moral! ¡Qué aberración del espíritu! Lo que hemos dicho basta para nuestro objeto. Con Natalis no hemos salido del terreno de la ortodoxia católica; y, sin embargo, hemos encontrado á cada paso que los hechos desmienten las pretensiones de unidad y de inmutabilidad. ¿Qué sería si examinásemos la historia de la Iglesia en críticos y en libres pensadores? No habria más que contradicciones, porque el principio mismo de la inmutabilidad es una contradicción. Vamos á seguir á la Iglesia en otro terreno, igualmente desfavorable para ella, y en donde ya no se trata únicamente de su ambición, sino también del porvenir de la humanidad. La Iglesia hace alarde de su inmutabilidad como de un dón divino, y sus defensores dicen que solamente ella ofrece certidumbre en materia de fe. Pues bien; vamos á ver que este precioso dón de la inmutabilidad compromete á la vez la religion y la existencia de la Iglesia.

§ III. — El dogma inmutable y la vida real.

I.

El dogma es la expresion de las ideas, de los sentimientos y de las necesidades de la humanidad. Poco importa que la religion sea revelada ó no; de todas maneras, para dirigir á los hombres por el camino de la salvacion, tiene que estar en armonía con el grado de civilizacion que éstos han alcanzado, si no, nisiquiera la comprenderian. Así lo han reconocido los Padres de la Iglesia. Ahora bien: las ideas y los sentimientos varían de dia en dia; éste es otro hecho incontestable y que los Padres de la Iglesia han reconocido también. ¿Cuál es la ley que preside á estas variaciones? Todo el mundo responde hoy: el progreso. Y ya los Santos Padres, por el progreso realizado desde los tiempos de Moisés, habian explicado la necesidad de una nueva revelacion. No hacemos, pues, más que continuar en este orden de ideas, al decir que, si la humanidad es progresiva, es imposible que el dogma sea inmutable.

Supongamos por un momento que existe un dogma inmutable;

sería necesario que la vida que está destinado á regir fuese también inmóvil. Pero una vida inmóvil es una vida que se detiene, no es ya la vida, es la muerte, es peor que la muerte, porque la muerte no es más que el paso de una existencia á otra, sería la nada absoluta, y para la nada no hacen falta dogmas. La religion ha sido siempre llamada la ley de vida; ahora bien: es de la esencia de una sociedad que vive el cambiar, el avanzar, el progresar. Si, pues, continuando nuestro supuesto, la religion se llama inmutable, y si realmente lo fuese, ¿qué sucedería? Sucedería necesariamente que, avanzando siempre la sociedad, las ideas y los sentimientos se modificarían incesantemente, al paso que la religion, siempre fija é inmóvil, sería cada dia más ajena á los hombres y acabaría por encontrarse en oposicion completa con sus necesidades. La consecuencia fatal de esta contradicción sería que los hombres se alejarían de una religion que no diría ya nada ni á su alma, ni á su inteligencia; la religion perecería, si se obstinase en su inmutabilidad, y la sociedad se quedaría sin religion.

Nuestra suposicion es desgraciadamente una realidad: el catolicismo es esa religion inmutable de que acabamos de hablar. Es verdad que su inmutabilidad no es tan absoluta como pretenden sus defensores. El dogma católico ha cambiado y sigue todavía modificándose; pero estos cambios son, por decirlo así, involuntarios, forzados, no pueden ser bastante considerables para que la religion romana se convierta nunca en una religion progresiva. Que las modificaciones que experimenta el dogma católico se verifican contra la voluntad de la Iglesia, es evidente; porque la Iglesia las niega, y los mismos innovadores tienen la pretension de no innovar. En realidad el catolicismo tiene la obligacion de ser inmutable: no existiría ya si fuese progresivo. Si pues tiene lugar alguna revolucion en su seno, está en oposicion con su principio; por consiguiente, la Iglesia tiene que hacer esfuerzos por ocultarla, tiene que presentar el cambio como si no fuera cambio. Esto quiere decir que la Iglesia no podrá nunca enarbolar la bandera del progreso; es inmutable y debe seguir inmutable. Por consiguiente, la oposicion que produce el tiempo entre una religion que se detiene y una sociedad que marcha, tiene necesariamente que manifestarse y crecer de dia en dia, hasta que la di-

vision se convierta en divorcio. Esta es la situacion á que hemos llegado.

¿Cuál es el principio que impide al catolicismo modificarse á medida que se modifica la sociedad? La revelacion milagrosa de la verdad absoluta, cuyo órgano y depositario es la Iglesia. La verdad absoluta es una é inmutable, y la Iglesia tiene un interes de dominacion en mantener este dogma con mano de hierro. La ambicion de la Iglesia, más aún que la revelacion, es la causa de su inmutabilidad. ¿Se quiere la prueba evidente? El protestantismo procede tambien de la revelacion, admite tambien una palabra divina, inmutable por su esencia: parece que la inmoviliza para siempre en los libros santos. Sin embargo, el protestantismo proclama hoy la perfectibilidad en la esfera de la religion. Esto consiste en que en el seno de la reforma la religion ha vuelto á ser lo que es en esencia, la relacion del individuo con Dios: no hay allí un cuerpo omnipotente que se interponga entre la criatura y el creador para imponer al fiel una ley en nombre de Dios; por consiguiente, la naturaleza sigue su curso regular, progresivo. Esta es una ventaja inmensa que tienen las sociedades protestantes sobre las sociedades católicas. En las primeras no hay ese abismo entre las necesidades morales é intelectuales del hombre y de la religion, porque el individuo mismo forma su religion y la forma naturalmente segun las necesidades de su alma y de su razon. En las sociedades católicas, por el contrario, el abismo se hace cada dia mayor, hasta el punto de que muy pronto ya no habrá nada comun entre el catolicismo y los hombres á quienes pretende guiar por el camino de la salvacion.

Este es un mal, y mal inmenso, porque dificulta y compromete el desarrollo de la religion en los países católicos. Hay lucha entre la Iglesia y la sociedad. La Iglesia procura conservar á toda costa el imperio que en otro tiempo ha ejercido sobre los individuos y sobre los Estados. Como no puede conseguirlo siguiendo las ideas y los sentimientos que se manifiestan en la serie de los tiempos, los condena y los reprueba; hace lo imposible por conservar ó por volver á traer á los hombres al yugo de las antiguas creencias. La ignorancia ha sido siempre el más sólido apoyo de una religion llena de supersticiones; por consiguiente, la Iglesia

se convierte en enemigo mortal de las luces; bajo el pretexto de la salvacion, se apodera de las generaciones nacientes, y les da un alimento que vicia el alma y la inteligencia; inventa, en caso necesario, nuevas supersticiones para forjar nuevas cadenas al espíritu humano. El cálculo es bueno, la especulacion sobre la estupidez humana da resultados, pero las victorias que consigue la Iglesia son victorias que matan, porque el error no puede prevalecer sobre la verdad. A pesar de sus triunfos y alegrías, la sociedad se escapa de sus manos. Hay en esto un nuevo peligro, el mayor que puede amenazar á la humanidad; y es que, al romper las cadenas de la Iglesia, se encuentre sin religion.

La indiferencia primeramente y despues la incredulidad más absoluta, tales son las consecuencias fatales de la inmutabilidad católica. Es imposible que los hombres sigan adictos á una religion que, léjos de satisfacer las necesidades más imperiosas del alma, las contraría y las condena. En cuanto el hombre llega á tener conciencia de los vínculos que le unen con Dios, rechaza el yugo de una Iglesia ignorante y supersticiosa. Como la Iglesia quiere recobrar la dominacion que se le escapa de las manos, la indiferencia se convierte en rebelion. Desgraciadamente la rebelion no se contiene en los límites legítimos del derecho, y, preciso es confesarlo, para los católicos que desertan de la Iglesia, esto es casi imposible. La religion para ellos no es más que la sumision ciega á una autoridad que se tiene por divina: cuando rompen las cadenas forjadas por la supersticion y remachadas por la ambicion, parecen esclavos que acaban de recobrar su libertad. Se los habia esclavizado en nombre de la religion: al volver á ser libres, creen que la libertad consiste en no tener religion, en despreciarla. No reteniéndolos ya el vínculo religioso, muchas veces la moral desaparece con la fe. Esto es debido tambien á un error del catolicismo. La Iglesia quiere tener el monopolio de la moral, como tiene el monopolio de la religion: fuera de su seno no hay costumbres, como no hay fe. Cuando hombres educados en esta funesta confusion abandonan la religion, hay gran peligro de que renuncien tambien á la moral. Sondee el lector su conciencia, mire al derredor de sí, y diga si este peligro no es más que un vano temor!

El mal es real y es grave. ¿Dónde está el remedio? La sociedad no puede vivir sin creencias religiosas; necesita fe, como necesita pan. Si la religion del pasado no le basta ya, tiene que buscar otra en las profundidades de su conciencia. Cuando hablamos de la sociedad, nos referimos á los individuos. Las religiones no se establecen por medio de leyes ni de revoluciones: se preparan en la intimidad del alma, bajo la inspiracion de Dios. Por consiguiente, nuestra voz de alarma se dirige á los individuos. El deber de todo hombre que ha llegado á tener conciencia de su mision en esta tierra, es interrogarse acerca de los grandes problemas de la vida: si la religion dominante no le ofrece una solucion que le satisfaga, fórtese convicciones que respondan á sus aspiraciones. La primera de todas debe ser permanecer fiel á la ley del deber moral, porque el hombre que sacude el imperio del deber es peor que el animal, y no se separa de la Iglesia para envilecerse. No hay derecho para separarse de ella, sino á condicion de ser más moral, más religioso que los que continúan dentro de ella.

Puesto que la inmutabilidad del dogma engendra la indiferencia y la incredulidad, es preciso que la religion se transforme, si no quiere perecer y arrastrar en su ruina la sociedad. ¿Es transformable el catolicismo? No tenemos que examinar esta cuestion por ahora. No nos dirigimos á la Iglesia, sino á los que sienten la necesidad de creer y no quedan satisfechos con las creencias oficiales. Nos parece que se daría un gran paso hácia la solucion de la cuestion religiosa, si se hiciera general la conviccion de que la religion es progresiva lo mismo que todas las manifestaciones del espíritu humano. Ahora bien, de ninguna manera se prueba mejor la necesidad del progreso religioso que haciendo ver á dónde conduce el dogma romano de la inmutabilidad de la fe. Ha producido una oposicion completa entre la creencia oficial y las creencias verdaderas que existen ya hoy en el seno de la humanidad. No es éste el lugar de tratar esta cuestion inmensa. Limitaremos nuestras observaciones á la parte de la religion en que son más sensibles y más ciertas las modificaciones, el concepto de la vida.

II.

El Evangelio no contiene un dogma bien determinado: lo que domina en él es un espiritualismo excesivo, el desprecio de la tierra, la aspiracion á una vida nueva, á otro mundo. Hoy se pone esto en duda, precisamente porque este espiritualismo desordenado está en contradiccion con la vida real. Esto es negar la evidencia; y el negar la evidencia es comprometer la causa que se trata de defender. Mientras el cristianismo ha imperado en las almas, se admitía, ¿qué digo? hasta se exageraba el espiritualismo evangélico. Escuchemos la *Imitacion de Jesucristo*, ese segundo Evangelio: «La suprema sabiduría consiste en aspirar al reino del cielo, despreciando el mundo. El que se conoce bien, se desprecia. La perfeccion consiste en sentir hácia nosotros mismos un desprecio sincero, en alegrarse de ser despreciados por los demas.... No tengáis nada vuestro, ni aún vuestra voluntad.... No exceptúo nada (habla Jesucristo) y exijo de vosotros un desprendimiento sin reserva..... El objeto de la vida es morir completamente para sí mismo. Solamente á este precio pueden disfrutarse las cosas de Dios.... ¿Cómo se han elevado algunos santos á tan alto grado de virtud? Porque se han esforzado por morir para todos los deseos de la tierra..... Los más grandes santos evitaban, en cuanto les era posible, el comercio de los hombres, y preferían vivir en secreto con Dios.»

Cuando se arguye á los defensores del catolicismo con los testimonios del Evangelio, salen del paso distinguiendo entre los preceptos y los consejos. Las máximas acerca del desprecio del mundo, de la pobreza, de la virginidad, de la humildad, no se refieren más que á los que aspiran á la perfeccion: tales son, en la Iglesia católica, los monjes; pero la masa de los fieles no está obligada, segun dicen, á seguir estas reglas. Vana escapatoria que, como siempre, se vuelve contra el Evangelio que quieren defender. Acabamos de oír á un escritor místico. Salgamos de la Edad Media y apelemos á los más grandes nombres del siglo xvii. Bossuet, Nicole, Bourdaloue, no eran espíritus especulativos; vivían en el